

LA VOLUNTAD DE DIOS

(Sábado: sesión de la noche)

Mensaje seis

Hacer la voluntad de Dios en el reino de Dios bajo el gobierno de Dios para la iglesia como Israel de Dios

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:17; Mt. 7:21; 1 P. 1:17; 2:24; 5:6-7, 10; Gá. 6:10, 15-16

I. Necesitamos hacer la voluntad de Dios en el reino de Dios—Mt. 7:21; 12:50:

- A. “El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”—1 Jn. 2:17:
 - 1. El mundo está en contra de Dios el Padre, y las cosas que están en el mundo están en contra de la voluntad de Dios—vs. 15-16:
 - a. Por el lado positivo, tenemos al Padre y Su voluntad.
 - b. Por el lado negativo, tenemos el mundo y las cosas que están en el mundo.
 - 2. Necesitamos hacer la voluntad de Dios de manera habitual y continua, no sólo ocasionalmente; esto lo indica el hecho de que el verbo griego traducido “hace” en el versículo 17 denota hacer (algo) habitual y continuamente al permanecer (en ello).
- B. A fin de entrar en la manifestación del reino de los cielos en la era venidera, debemos hacer la voluntad de nuestro Padre en esta era—Mt. 7:21-23; 6:10; 12:50; Ap. 4:11; Ro. 12:2; Ef. 1:5, 9, 11; 5:17; Col. 1:9; 4:12:
 - 1. El reino es absolutamente un asunto de la voluntad de Dios y cumple por completo la voluntad de Dios; de hecho, el reino es la voluntad de Dios—Mt. 6:10.
 - 2. El resultado final de la constitución del reino de los cielos es la voluntad del Padre celestial—7:21.
 - 3. Por ser el pueblo del reino, estamos en la tierra para hacer la voluntad del Padre—v. 21; 12:50.
 - 4. A fin de hacer la voluntad del Padre necesitamos entrar por la puerta estrecha y andar en el camino angosto—7:13-14:
 - a. La puerta estrecha excluye al viejo hombre, el yo, la carne, los conceptos humanos y el mundo con toda su gloria; solamente lo que corresponde a la voluntad de Dios puede entrar.
 - b. Al andar en el camino angosto somos restringidos por un control misterioso, invisible e interior, y vivimos bajo este control.
 - 5. Todo aquel que hace la voluntad del Padre es pariente del Señor Jesús—12:50:
 - a. Cristo, el Rey celestial, siempre se sujetó a la voluntad del Padre, ya que tomó la voluntad del Padre como Su porción y no resistió en nada—11:28-30; 26:39.
 - b. Todo aquel que hace la voluntad del Padre es un hermano que ayuda al Señor Jesús, una hermana que lo entiende y una madre que lo ama con ternura.
 - 6. La voluntad eterna del Padre es edificar la iglesia sobre Cristo el Hijo como roca—16:18; Ef. 2:21-22; 4:16.

II. A fin de hacer la voluntad de Dios en el reino de Dios, debemos llevar la vida cristiana bajo el gobierno de Dios—1 P. 1:17; 2:24; 5:6-7, 10:

- A. En sus escritos, Pedro combina la vida cristiana con el gobierno de Dios, lo cual revela que la vida cristiana y el gobierno de Dios van juntos como un par—1:17; 2:21, 24; 3:15; 4:17; 5:5-8:
1. El tema de 1 Pedro es la vida cristiana bajo el gobierno de Dios, lo cual nos muestra el gobierno de Dios especialmente en cuanto a Su manera de disciplinar a Su pueblo escogido—1:2.
 2. El tema de 2 Pedro es la provisión divina y el gobierno divino, lo cual nos muestra que a medida que Dios nos gobierna, Él nos suministra todo lo que necesitamos—1:1-4; 3:13.
 3. Dios gobierna al juzgar; este juicio de Dios tiene como fin llevar a cabo Su gobierno—1 P. 1:17; 4:17.
 4. El juicio visto en 1 Pedro 1:17, el cual es efectuado por el Padre, es el juicio presente y que se ejecuta a diario por las medidas gubernamentales que Dios tiene con Sus hijos.
 5. Dios juzga todo lo que no corresponda con Su gobierno; por tanto, en esta era nosotros, los hijos de Dios, estamos bajo el juicio diario de Dios—v. 17.
- B. Como creyentes en Cristo e hijos de Dios, deberíamos llevar una vida cristiana bajo el gobierno de Dios—Jn. 3:15; 1:12-13; 1 P. 4:13-19; 5:6-7:
1. Las Epístolas de Pedro revelan al Cristo que nos capacita para aceptar las medidas gubernamentales que Dios nos administra por medio de los sufrimientos—1 P. 1:6-8; 2:3-4, 19, 21-25; 3:18, 22; 4:1, 15-16; 5:8-9.
 2. En la muerte de Cristo hemos muerto a los pecados para que en la resurrección de Cristo vivamos a la justicia bajo el gobierno de Dios—2:24:
 - a. Vivir a la justicia equivale a cumplir los requisitos gubernamentales de Dios—v. 24.
 - b. En nuestra vida cristiana deberíamos vivir de una manera que corresponda con los justos requisitos de Su gobierno—Sal. 89:14; Mt. 5:6, 10.
 3. Deberíamos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios, la cual lleva a cabo el gobierno de Dios—1 P. 5:6:
 - a. En el versículo 6 *la poderosa mano de Dios* se refiere a la mano de Dios que administra, la cual es vista especialmente en Su juicio—1:17; 4:17.
 - b. Humillarnos bajo la poderosa mano de Dios equivale a que Dios nos haga humildes; sin embargo, debemos cooperar con la operación de Dios y estar dispuestos a ser humillados, reducidos, bajo Su mano poderosa—5:6.
 4. Deberíamos echar toda nuestra ansiedad sobre Dios, porque Él se preocupa por nosotros—v. 7.
 5. Deberíamos encomendar nuestras almas al fiel Creador—4:19:
 - a. Dios puede preservar nuestra alma, y Su cuidado amoroso y fiel acompaña a Su justicia en Su administración gubernamental.
 - b. Mientras Dios nos juzga en Su gobierno, Él nos cuida fielmente en Su amor; al nosotros sufrir Su juicio disciplinario, deberíamos encomendar nuestras almas al cuidado fiel de nuestro Creador—Mt. 10:28-30; 11:28-29.
 6. Mientras vivimos bajo el gobierno de Dios, el Dios de toda gracia nos perfeccionará, confirmará, fortalecerá y cimentará—1 P. 5:10.

III. Hacer la voluntad de Dios en el reino de Dios bajo el gobierno de Dios redunda en la iglesia como Israel de Dios—Gá. 6:10, 15-16:

- A. La economía neotestamentaria de Dios no sólo consiste en hacernos hijos de Dios, sino también en hacernos el Israel de Dios; el verdadero Israel, el Israel espiritual, es la iglesia—Ef. 1:5; He. 2:10; Ro. 8:14, 19; Gá. 3:26; 4:6-7; 6:16; Mt. 16:18.
- B. Necesitamos llegar a ser tal Israel, un príncipe, a fin de ejercer el gobierno de Dios sobre la tierra—6:9-10.
- C. El apóstol Pablo consideraba que los muchos creyentes en Cristo —que son la familia de la fe, la nueva creación— son colectivamente el Israel de Dios—Gá. 6:10, 15-16; 3:7, 29.
- D. En la economía neotestamentaria de Dios, hemos sido hechos tanto los hijos de Dios como el Israel de Dios—v. 26; 6:16:
 - 1. Somos hijos de Dios, miembros de la familia de Dios, para Su expresión—v. 10.
 - 2. Somos aquellos que serán reyes, aquellos destinados a ser reyes; el reinado está relacionado con el Israel de Dios—Ap. 5:10.
 - 3. Nuestro destino es ser hijos de Dios que expresan a Dios y también reyes que reinan en el reino de Dios—21:7; 22:5b; 12:5a.
- E. Por ser el Israel de Dios, nosotros representamos a Dios, ejercemos Su autoridad y llevamos a cabo Su administración sobre la tierra para el cumplimiento de Su propósito—Gn. 1:26, 28; Lc. 10:19; Ap. 12:5, 7-11:
 - 1. Dios desea que Su criatura, *el hombre*, confronte a Su criatura, *Satanás*, a fin de retornar la tierra a Dios—Sal. 149:7-9.
 - 2. Dios necesita que el hombre realice la obra de Dios, esto es, reinar sobre Su creación, proclamar Su triunfo y causarle pérdida a Satanás—Gn. 1:26.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL SIGNIFICADO DE HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Realizar la voluntad de Dios

“No busco Mi propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió” (Jn. 5:30).

Hacer la voluntad de Dios significa no buscar, seguir ni realizar nuestra propia voluntad, sino buscar, seguir y realizar únicamente la voluntad de Dios. A menudo las personas dicen que ellos han orado y están claros de que la voluntad de Dios es que ellos vayan a cierto lugar o que ellos hagan cierta cosa. Algunos dicen que la voluntad de Dios es que ellos administren una empresa. Algunos dicen que la voluntad de Dios es que ellos se casen. ¿Pero es esto confiable? Aquel que piensa que actúa según la voluntad de Dios, ¿está consagrado a Dios y vive en pro de Dios? ¿Verdaderamente no busca, sigue o realiza su propia voluntad, sino que busca, sigue y realiza la voluntad de Dios? Esto no es un asunto insignificante. Muchos de los que afirman actuar según la voluntad de Dios no están verdaderamente practicando la voluntad de Dios, porque no se han consagrado a Él para vivir con miras a Su voluntad. Todavía se aferran a sí mismos, retienen cosas en sus propias manos y viven según su propia voluntad.

Una persona que verdaderamente hace la voluntad de Dios no busca su propia voluntad. Él sólo busca la voluntad de Dios. Éste fue el modelo establecido por el Señor Jesús cuando estaba en la tierra como hombre. En toda la historia humana, sólo Jesús el nazareno buscó

únicamente la voluntad de Dios y no Su propia voluntad. Aunque Él era uno con Dios y era igual a Dios, vino voluntariamente a la tierra y tomó la posición de uno que fue enviado para hacer la voluntad de Dios. En todas las cosas, Él buscó solamente la voluntad de Aquel que lo envió; Él no buscó Su propia voluntad. Éste es el significado de hacer la voluntad de Dios.

“He aquí que vengo, oh Dios, para hacer Tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de Mí” (He. 10:7).

El Señor Jesús, cuando vino a la tierra, habló las palabras de este versículo a Dios. Esto muestra que el Señor hizo la voluntad de Dios conforme a lo escrito en las Escrituras. Por tanto, deberíamos darnos cuenta de que toda práctica de la voluntad de Dios debe ser conforme a la Palabra de Dios, la Biblia. La Biblia revela toda la voluntad de Dios en todos sus aspectos. Todo lo que Él desea completar en nosotros, todo lo que Él desea que hagamos y la manera en que Él quiere que lo hagamos están revelados, en principio, en la Biblia. Si verdaderamente queremos hacer la voluntad de Dios, si verdaderamente queremos buscar Su voluntad, debemos conocer la Biblia y considerar lo que la Palabra de Dios dice en cuanto a todo asunto. Debemos encontrar la voluntad de Dios, en principio, con respecto a cada asunto a partir de la Biblia. Los que desean hacer la voluntad de Dios y actuar conforme a la voluntad de Dios no pueden ser descuidados con la Biblia, sino que deben dedicar una cantidad considerable de tiempo para leerla cuidadosamente.

Si queremos hacer la voluntad de Dios, no podemos sencillamente hacer lo que pensamos que es la voluntad de Dios. No podemos sencillamente orar unas pocas veces y decir con certidumbre que esto o aquello es la voluntad de Dios. Tal camino no es confiable y es bastante peligroso. A menudo somos engañados con facilidad por nuestras propias opiniones y capturados por nuestros propios pensamientos y perspectivas. Debemos llevar nuestras opiniones, nuestros pensamientos y nuestras perspectivas delante de la Biblia y permitir que sean juzgados por la Palabra de Dios. Todo aquel que no esté dispuesto a que su “en mi opinión”, “yo pienso” y “desde mi punto de vista” sean conquistados por la Palabra de Dios, no puede hacer la voluntad de Dios. Debemos poner a un lado nuestros propios asuntos en todo y ver lo que la Palabra de Dios dice y ordena. En algunas cosas, Dios nos dice Su voluntad en detalle; en otras, sólo la revela en principio. Por ejemplo, la Palabra de Dios contiene un gran principio que dice que los creyentes no deberían unirse en yugo desigual con los incrédulos. Por consiguiente, podemos conocer la voluntad de Dios en muchas cosas relacionadas con este principio. En el matrimonio, sabemos que un hermano creyente no debería casarse con una mujer incrédula, y una hermana creyente no debería ser dada en matrimonio a un hombre incrédulo. Si practicamos conforme a la Palabra de Dios, podremos practicar la voluntad de Dios.

“No se haga Mi voluntad, sino la Tuya” (Lc. 22:42).

En el huerto de Getsemaní, el Señor oró estas palabras cuando iba a ser traicionado y puesto a muerte. Él oró que pudiera realizar la voluntad de Dios, no Su propia voluntad. La oración del Señor nos muestra lo que significa hacer la voluntad de Dios. Hacer la voluntad de Dios consiste en hacer la voluntad que pertenece a Dios, no nuestra propia voluntad. Después de que el Señor oró esto tres veces, Él supo con claridad que la voluntad de Dios era que Él muriera en la cruz. Por tanto, Él obedeció voluntariamente. Ya sea que suframos o no, que muramos por el Señor o que incluso seamos martirizados, ello debería ser conforme a la voluntad de Dios, no nuestra propia preferencia o entusiasmo. Ofrecerse de manera voluntaria con entusiasmo para sufrir y ser martirizado por el Señor no puede reemplazar la voluntad de Dios, ni es necesariamente la voluntad de Dios. Todo lo que sea según la inclinación y el placer del yo no puede considerarse la voluntad de Dios. Cuando el Señor supo claramente que la voluntad de Dios incluía Su muerte, Él estuvo dispuesto a beber la copa que el Padre le había dado.

“La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Jn. 18:11).

La copa del Padre en este versículo se refiere a la muerte del Señor en la cruz, que incluye todos sus sufrimientos. Puesto que Dios le había dado una copa, el Señor dijo que Él no podía rehusar tomarla. Esto nos dice que la muerte del Señor no fue según Su preferencia, aunque la aceptó voluntariamente. La copa que le fue dada por Dios era la porción que Dios había medido para Él. Al aceptar la copa, Él realizó la voluntad de Dios e hizo la voluntad de Dios. La muerte del Señor es el ejemplo más elevado de hacer la voluntad de Dios. Ella muestra que el criterio en cuanto a hacer la voluntad de Dios no es hacer cosas buenas, sino aceptar lo que Dios nos ha medido. Dios no necesariamente ha medido muchas cosas buenas para que las hagamos; por consiguiente, las cosas buenas no deberían ser consideradas la voluntad de Dios. Incluso predicar el evangelio, echar fuera demonios y las obras poderosas no deberían ser contadas como la voluntad de Dios si Dios no nos las ha medido. No deberíamos pensar que las cosas buenas o aún las cosas espirituales son, automáticamente, la voluntad de Dios. Estas cosas no pueden reemplazar la voluntad de Dios. Aunque la voluntad de Dios es buena y es espiritual, las cosas buenas o espirituales no son necesariamente la voluntad de Dios. La voluntad de Dios sólo puede ser lo que Dios ha medido en particular para nosotros. Todo lo que sea bueno y espiritual nos debe ser medido para que lo hagamos; nos debe ser asignado por Dios para que sea la voluntad de Dios para nosotros. Aun nuestro amor por los hermanos debería ser según lo que Dios ha asignado y lo que Dios ha medido; de lo contrario, tal vez sea excesivo. Sólo lo que Dios ha medido y lo que ha designado para nosotros son la voluntad de Dios. Cuando hacemos lo que Él ha medido y designado, estamos haciendo la voluntad de Dios.

Alguien que sigue al Señor ciertamente debe tomar medidas con respecto al pecado y desechar toda iniquidad e injusticia. Sin embargo, tomar acciones lícitas y justas no necesariamente es hacer la voluntad de Dios. Debemos hacer lo que Dios quiere que hagamos y lo que Él mide que hagamos a fin de que esto sea contado como hacer la voluntad de Dios. Cuando primero comenzamos a seguir al Señor y deseamos agradarle, nuestra norma típicamente es lo que consideramos que es bueno, pero poco a poco el Señor nos muestra que necesitamos tomar a Dios como nuestra norma. El Señor quiere que seamos Sus esclavos, los cuales reciben Su dirección y no deciden nada conforme a nuestra propia opinión ni las percepciones de otros. Siempre que algo sea conforme al deseo del Señor, deberíamos hacerlo aun cuando nosotros y otros podamos pensar que esto esté equivocado. En esto consiste hacer la voluntad de Dios. En el monte Sinaí, Dios ordenó a los levitas que mataran a sus hermanos. Desde la perspectiva humana, esto parece estar equivocado, pero Dios quería que lo hicieran. Al actuar según la dirección dada por Dios, ellos hacían la voluntad de Dios y agradaron a Dios. En cuanto a hacer la voluntad de Dios, Dios es la única norma, y Su intención es la única regla. Ni la bondad ni la moralidad son el criterio. Ni nuestra propia preferencia ni la perspectiva humana son el factor decisivo. No deberíamos vivir sujetos a la evaluación del hombre ni ser influenciados por el hombre, sino vivir bajo el alumbrar de Dios y Su gobernanza.

“Pones la mente en las cosas de Dios [...] niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:23-24).

Seguir al Señor equivale a poner la mente en las cosas de Dios. Según lo dicho por el Señor en estos versículos, los requisitos para poner nuestra mente en las cosas de Dios son negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz. El versículo 25 muestra que negarnos a nosotros mismos y perder la vida de nuestra alma están completamente relacionados entre sí. El yo es el alma o la vida del alma. Los componentes importantes de nuestra alma son la mente, la voluntad y la parte emotiva. El alma tiene las funciones de pensar, de decidir y de sentir. Por tanto, negar el yo equivale a negar las cosas del alma. Esto es negar nuestros propios

pensamientos, es decir, nuestras propias perspectivas; es negar nuestra propia voluntad, es decir, nuestras propias decisiones; y esto es negar nuestra propia parte emotiva, es decir, nuestros propios gustos y lo que no nos gusta. Debemos negar y rechazar todo lo que provenga de nuestro propio pensamiento, perspectiva, voluntad, decisión, inclinación y gustos a fin de poner nuestra mente en las cosas de Dios y a fin de seguir al Señor y hacer la voluntad de Dios.

El Señor habló esta palabra después de decirles a los discípulos que Él iba a Jerusalén para morir. Después de oír lo dicho por el Señor, Pedro le exhortó, diciendo: “¡Dios tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda eso!” (v. 22). Luego el Señor le dijo a Pedro: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mente en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23). La preocupación y el amor humano que Pedro tenía hacia el Señor tenían un elemento de Satanás en ellos. Satanás puede hacer que las personas amen al Señor desde su yo, lo cual evita que pongan su mente en las cosas de Dios. En lugar de eso, él causa que ellos pongan su mente en las cosas del hombre. Satanás no hace que las personas hagan la voluntad de Dios; él hace que ellos hagan su propia voluntad. Satanás usa las cosas buenas para influenciar y entrar en las opiniones de las personas, y luego él despierta el yo para hacer que el yo esté activo a fin de impedir la voluntad de Dios. Ésta es la razón por la cual el Señor habló de negarnos a nuestro yo, abandonar nuestro yo y de negar nuestra propia voluntad, especialmente en los asuntos buenos. Las cosas buenas se oponen a la voluntad de Dios. Ellas sólo sirven como un medio para exhibir nuestro yo y nuestra voluntad. Satanás usa las cosas buenas para arruinar la voluntad de Dios. Por tanto, si queremos hacer la voluntad de Dios, debemos guardarnos en contra de nuestro yo, es decir, de nuestras perspectivas y de nuestra intención de hacer el bien.

Muchos piensan que tomar la cruz significa sufrir, o sufrir por causa del Señor. Sin embargo, sufrir —incluso sufrir por causa del Señor— no necesariamente es poner nuestra mente en las cosas de Dios ni hacer la voluntad de Dios. Sufrir —en especial sufrir por el Señor— a veces puede ser según nuestra propia voluntad, preferencia o elección, y por tanto, no es la voluntad de Dios. Si no es lo que Dios ha dispuesto para nosotros o lo que Dios ha medido para nosotros, eso proviene de nuestro yo. Tomar la cruz en verdad es poner nuestra mente en las cosas de Dios y hacer la voluntad de Dios. La voluntad de Dios siempre aniquila la vida de nuestro yo. Por tanto, tomar la cruz no se trata de sufrir, sino de negar al yo. No se trata de hacer que el yo sufra, sino de poner al yo en la posición de muerte, porque la meta de la cruz es la muerte, no el sufrimiento. Cuando el Señor fue crucificado, fuimos crucificados juntamente con Él en la cruz. Ahora necesitamos no sólo confesar esta muerte, sino permanecer en la muerte de la cruz. Por medio de la muerte de la cruz podemos permanecer en la posición de muerte para negar todo lo que pertenece al yo, incluyendo nuestra voluntad, perspectiva, preferencia y elección. En esto consiste tomar nuestra cruz. Cuando tomamos la cruz, seguimos al Señor, ponemos la mente en las cosas de Dios y hacemos la voluntad de Dios...

Comprobar la voluntad de Dios

“Para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable y lo perfecto” (Ro. 12:2).

Entender la voluntad de Dios conlleva comprobar. Comprobar es buscar la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios en todo. A fin de comprobar la voluntad de Dios, necesitamos asumir una posición de consagración, de no seguir el siglo del mundo, de ser renovados en nuestra mente conforme a la Palabra de Dios, la Biblia, y de entender el sentir en nuestro espíritu y la condición de nuestro entorno. Sondear la voluntad de Dios en todo conlleva discernir el motivo, la meta y la naturaleza de las cosas. Por tanto, debemos tomar una posición a favor de Dios en la realidad de nuestra consagración, estar absolutamente fuera de

este siglo y ver la perspectiva que Dios tiene según una mente que ha sido renovada e instruida por Dios. Siempre debemos usar las enseñanzas, principios y ejemplos claros de la Biblia para medir y comprobar la voluntad de Dios y para ver si nuestros caminos son uno con la voluntad de Dios o no lo son. Debemos usar el sentir en nuestro espíritu para poner a prueba y juzgar qué es conforme a la voluntad de Dios. También deberíamos considerar si nuestro entorno confirma lo que hemos comprendido. Si estamos dispuestos a comprobar la voluntad de Dios de este modo, no nos será difícil entender la voluntad de Dios.

Tener un corazón para hacer la voluntad de Dios

“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá” (Jn. 7:17).

El que quiera —que tenga un corazón para— hacer la voluntad de Dios, conocerá la voluntad de Dios. Si queremos entender la voluntad de Dios, debemos tener un corazón no sólo para entender Su voluntad, sino también un corazón para hacerla. Dios no está dispuesto a revelar Su voluntad a los que no tienen un corazón para entenderla, ni quiere Él revelar Su voluntad a aquellos que tienen un corazón para entenderla pero no un corazón para hacerla. Únicamente aquellos que tienen un corazón para entender así como para hacer la voluntad de Dios pueden obtener una revelación de la voluntad de Dios de parte de Él. Por tanto, debemos decidir hacer la voluntad de Dios si queremos entender la voluntad de Dios. (*The Collected Works of Witness Lee, 1932-1949*, t. 3, “Crucial Truths in the Holy Scriptures” [Verdades cruciales en las Santas Escrituras], t. 2, págs. 442-447, 450-451)